
El único gran Gnomo
JEFF DINARDO
TEKTIME

CAPÍTULO 1

Esto no es Manhattan

Sarah estaba soñando, y era un sueño maravilloso. Caminaba del brazo de su mejor amiga, Lily. Estaban en la calle 48 Este y miraban el escaparate de la librería Habington's, uno de sus lugares favoritos. A Lily le encantaban los libros y leer tanto como a Sarah. Las chicas pasaban tanto tiempo en la tienda que el señor Habington las contrató los fines de semana para ayudar a colocar los libros nuevos. Sarah no solo era la primera en elegir entre todos los títulos nuevos, sino que además le pagaban por ello.

Nada mal para una chica de once años. Entonces Sarah oyó un ruido. Sonó en algún lugar a lo lejos. *Bang, bang*. —¡AY! Se despertó de su sueño y bostezó. En esos primeros momentos, estaba confundida. Miró a su alrededor entrecerrando los ojos. Aquella no era su habitación en el edificio de apartamentos donde vivía. Aquella habitación era diferente. Era grande, vacía y estaba llena de cajas. Entonces volvió a oír ese ruido sordo. *¡Bang, bang, bang*! —¡AY!

Ese "¡AY!" sonaba como su padre. Sarah se levantó a trompicones de la cama.

—Papá, ¿estás bien? Gritó.

—Estoy bien, respondió su padre desde el piso de abajo. —Me acabo de golpear el pulgar con el martillo… ¡otra vez! Ya deberías levantarte, añadió. —El desayuno está listo.

Sarah miró a su alrededor. Ahora lo recordaba. Ya no estaba en Manhattan, y aquella no era su habitación. Bueno, era su habitación… su NUEVA habitación. Justo el día anterior, ella y sus padres habían empaquetado todas las cosas de su pequeño y acogedor apartamento y se habían mudado aquí. Y aquí estaba, a casi 160 kilómetros de distancia, en Hadley, Connecticut. Sus padres, a pesar de sus ruidosas y frecuentes protestas, habían comprado esta granja grande, vieja y destartalada en dos

hectáreas de terreno. La madre de Sarah era bibliotecaria y acababa de ser contratada para dirigir la nueva biblioteca municipal de Hadley. Su padre era escritor y siempre había querido una habitación separada donde poder trabajar, en lugar de tener que usar la mesa de la cocina en su diminuto apartamento. Su padre también se había considerado siempre un manitas y quería esta casa porque necesitaba muchas reformas. Tanto a Sarah como a su madre les parecía evidente que él no era precisamente "manitas" a la hora de arreglar cosas. Pero a su padre le encantaba intentarlo de todos modos. Así que sus dos padres estaban muy contentos con la mudanza. A Sarah le gustaban las cosas tal y como estaban.

Sarah se frotó los ojos y se estiró. Miró por la ventana. Había una espesa capa de niebla cubriendo el suelo, pero aún así podía distinguir los interminables campos de árboles y las colinas onduladas. Ni una sola librería a la vista. Ni una cafetería en la esquina, ni un letrero de neón parpadeante que dijera "Para llevar", ni la frutería de Chin… nada.

—Sarah, la llamó su padre de nuevo. —Si no te das prisa, me voy a comer tu desayuno.

Sarah se apartó de la ventana y fue a buscar sus zapatillas y su bata. Miró a su alrededor y no vio nada más que cajas, así que se envolvió en el edredón y bajó las escaleras. La madera crujía bajo sus pies.

Sarah entró en la cocina. Vio a su padre intentando colgar unas especias en un estante casero. Pero nada estaba recto, y las especias parecían a punto de caerse.

Su padre también parecía estar teniendo dificultades porque llevaba una toalla envuelta alrededor del pulgar. Vio que Sarah lo miraba fijamente.

—Aún no he encontrado las vendas, se rio. Sarah negó con la cabeza y sonrió.

Anoche, la cocina no era más que un montón de muebles y cajas apilados. Pero hoy, bueno, parecía una cocina. Sus padres debían de haberse quedado despiertos hasta tarde o haberse levantado temprano para ponerla en orden.

—Ya era hora. Su padre sonrió cuando ella se sentó. Sarah pasó las manos por la superficie lisa y verde lima. Era la misma mesa de cocina de linóleo con las sillas desparejadas donde siempre había comido. Incluso la

vieja tostadora —que parecía tener solo un modo: QUEMADO— seguía sobre la encimera. Era agradable de ver.

Sarah sintió que algo le rozaba las piernas. —Smokey, dijo, mientras acariciaba a su gato. —Apuesto a que te gusta esto, dijo. —Hay un montón de sitios que explorar.

—Ha estado fuera toda la mañana, dijo su padre. Le puso un vaso de zumo de naranja y un bol de cereales delante a Sarah. Eran Chocolate Blasts, sus favoritos.

—Mamá nunca me deja comer estos, dijo mientras echaba la leche por encima. —¿Dónde está, por cierto?

—Ya conoces a tu madre, dijo papá, mientras se sentaba a su lado. —No empieza a trabajar en la biblioteca hasta dentro de una hora, pero estaba tan emocionada que se ha ido antes. El padre de Sarah cogió uno de los copos de cereales de su tazón y se lo metió en la boca.

—Oye, eso es mío, se rió Sarah. —¡Cógete uno tú!

Su padre también se rió y volvió a desempaquetar la última caja en la cocina.

—Sé que esto no es fácil para ti, pequeña, dijo mientras sacaba un tarro de mantequilla de cacahuete y lo guardaba en un armario. —Pero este ha sido el sueño de tu madre durante mucho tiempo: vivir en el campo Y ser la directora de la biblioteca municipal.

Sarah lo sabía. Aunque habían vivido en Manhattan, su madre tenía todos los números de *Country Living* y montones de libros sobre granjas y graneros apilados en las estanterías repletas del apartamento.

—Lo sé, lo sé, dijo Sarah mientras comía. Se preguntó qué estaría desayunando Lily, pero se obligó a pensar en otra cosa.

—¿Puedo explorar los alrededores? Le preguntó a su padre mientras llevaba el tazón vacío de cereales al fregadero.

—Bueno, aquí no tengo que preocuparme de que te atropelle un taxi, dijo su padre. —Adelante. Yo me quedaré aquí solo desempaquetando… todo yo solo.

Sarah subió corriendo las escaleras y encontró su ropa (en la segunda caja que abrió). Después de vestirse, bajó de nuevo por las escaleras que crujían

y salió por la puerta principal. La niebla se había disipado y podía ver el jardín un poco mejor. Aunque sus padres habían querido que viniera mientras buscaban, Sarah no vio la casa hasta que se mudaron el día anterior. Había esperado que, si no iba a ver la casa, tal vez la mudanza no se llevaría a cabo. Pero eso funcionó.

Sarah avanzó por el camino de grava y lo siguió hasta donde se unía con la carretera. Junto al buzón, miró a la izquierda y no vio nada más que árboles; la carretera daba una curva y desaparecía de su vista. Miró a la derecha y vio una casa más nueva al otro lado de la calle. Sarah se preguntó si allí viviría una chica de su misma edad.

Sarah se dio la vuelta y observó detenidamente el exterior de su propia casa. Era grande y parecía que llevaba allí mucho tiempo. Le recordaba a las casas de campo que había visto en los libros de su madre, pero esta no parecía ni de lejos tan bonita. Tenía tres pisos y parecía que en algún momento había estado pintada de blanco, pero la pintura estaba toda agrietada y descascarillada. Las pocas contraventanas que podía ver colgaban en ángulos extraños. Sarah miró hacia el tejado: muchas de las tejas se habían caído. Su madre le había dicho que la casa necesitaba reformas, pero que tenía “buena estructura”. Sarah no estaba tan segura.

Corrió hacia la parte de atrás. Había un largo muro de piedra y se subió a él. Al instante, la piedra sobre la que estaba empezó a deslizarse y apenas consiguió volver al suelo sin caerse. Se propuso mentalmente no volver a hacerlo.

El jardín le parecía enorme a Sarah. Cuando vivía en Manhattan y quería correr, su madre la llevaba a ella y a Lily a Central Park, que es un parque enorme justo en medio de la ciudad. Aquí no hacía falta eso. Este patio trasero ya era como un parque. Contó al menos cuatro árboles gigantes a los que creía que podría trepar. Y uno incluso tenía una rama grande de la que colgar un columpio. Tendría que contárselo a su padre.

Mientras Sarah seguía mirando a su alrededor, vio una casa más pequeña adosada al costado de la casa principal. Su padre le había dicho que se llamaba bungaló y que se usaba como casa de invitados o como vivienda para el cuidador. Estaba en tan mal estado como la casa principal.

Entonces Sarah se fijó en algo al otro extremo del jardín. Parecía otra casa, pero era diminuta y estaba casi toda cubierta de hiedra. Parecía como

si las enredaderas hubieran intentado tragársela entera. Sarah se acercó. El edificio medía unos dos metros y medio de ancho y unos tres metros de largo. Un lado era una pared de ventanas, la mayoría de ellas rotas. Sarah supuso que era un cobertizo para macetas. Nunca había visto uno en persona, pero había leído sobre ellos en las revistas de su madre. Los granjeros los usaban para guardar suministros y para cultivar plantas a principios de primavera, cuando todavía hacía demasiado frío fuera. Había una puerta en un extremo, y Sarah tiró del pomo. Al abrirse, la puerta chirrió como si se hubiera oxidado, pero Sarah la abrió lo justo para poder meterse dentro. Sabía que a su madre no le gustaría que jugara cerca de los cristales rotos, así que se alegró de que su madre ya se hubiera ido a trabajar.

Sarah miró a su alrededor. No había duda. Era un cobertizo de jardinería. Había macetas de cerámica por todo el suelo, la mayoría rotas; una vieja pala retorcida; e incluso lo que parecían unos paquetes de semillas muy antiguos. Sarah cogió una estaca plateada con un mango. Le recordaba a una espada en miniatura y aún parecía afilada. Tenía dos estrellas y una luna talladas en un lado. Quizá fuera una herramienta para quitar las malas hierbas. La volvió a dejar en el suelo. Había un mostrador destartalado en una esquina del cobertizo. Estaba casi todo cubierto de tierra y algunos cristales rotos, pero Sarah vio algo encima, medio enterrado en la suciedad. Levantó con cuidado algunos trozos de cristal y lo limpió. Era un pequeño marco de fotos ovalado, no más grande que la palma de su mano. Se frotó la parte delantera contra los vaqueros y lo miró. Era una fotografía de dos personas de pie frente a una casa. Sarah miró con atención y se dio cuenta de que la casa se parecía mucho a la suya, solo que era nueva. El hombre iba vestido como un granjero, con un mono y botas altas, y tenía el rostro cubierto por una barba negra, tupida y espesa. Pero, incluso a través de todo ese pelo, Sarah pudo ver que tenía un rostro amable. La mujer a su lado era probablemente su esposa. Llevaba el pelo recogido con fuerza hacia atrás y vestía un vestido sencillo con un delantal. A Sarah le recordó a uno de sus libros favoritos: *Little house in the prairie (La casa de la pradera).* Sarah le dio la vuelta al marco y vio algo escrito a mano en la parte de atrás. Estaba escrito en cursiva y tenía muchas curvas, como escribía su abuela cuando le enviaba cartas a Sarah. Era difícil de descifrar.

Sarah entrecerró los ojos como hacía cuando intentaba concentrarse mucho.

“Otis Gregory Grimwald y Lavenia Sally Grimwald”, leyó. —No se oyen nombres así todos los días. Sarah pensó que debían de ser las personas que habían construido la granja. Su casa había sido la casa de ellos, y ese cobertizo para macetas era probablemente donde Lavenia cultivaba las plantas a partir de semillas. Sarah se guardó el marco en el bolsillo mullido de su sudadera. A sus padres les encantaría ver esto.

Sarah se disponía a marcharse cuando algo le llamó la atención. Parecía un pequeño zapato gris que sobresalía de debajo de una maceta volcada. Sarah levantó con cuidado la maceta y la dejó a un lado. El zapato formaba parte de una estatua. Parecía un pequeño elfo, o un gnomo, hecho de piedra. Medía unos tres pies de altura y vestía un traje; en la cabeza llevaba un sombrero puntiagudo. Sarah había visto estas figuras en los libros de su madre. Eran estatuas de jardín que la gente colocaba en sus patios para atraer la buena suerte.

—Vaya, hola, dijo Sarah mientras lo ponía de pie con cuidado. —No pareces muy feliz, ¿verdad? Le preguntó mientras le limpiaba el polvo de la cara con la manga. Tenía razón. La estatua no sonreía como las que había visto en los libros. Su rostro parecía preocupado o asustado.

—Apuesto a que lo que pasa es que no te gusta estar en este lugar tan frío —dijo mientras se agachaba para cogerlo en brazos. Pesaba mucho más de lo que había imaginado. Sarah salió por la puerta como pudo con su hallazgo y lo llevó de vuelta a la casa.

Su padre estaba colocando los muebles en el salón.

—¿Qué tienes ahí? Preguntó, secándose la frente sudorosa con la manga. Sarah le mostró la estatua para que la viera.

—¡Puaj! No tiene muy buena pinta, dijo él, poniendo una mueca igual que la de la estatua. —¿Dónde lo has encontrado?

—Estaba en el viejo cobertizo de jardinería, dijo Sarah. —Voy a ponerlo en mi habitación.

El padre de Sarah se rio. —¿Estás segura de que quieres eso en tu habitación? Preguntó. —Quizá podamos ponerlo en el jardín delantero para ahuyentar a los lobos.

—¡Papá! ¡No hay lobos en Connecticut! Espetó Sarah, aunque no estaba muy segura. Volvió a mirar su carita. —Creo que solo necesita un amigo.

El padre de Sarah sonrió y le acarició la cabeza. —Claro, pequeña, adelante.

CAPÍTULO 2

Vesper de Oglinoth

Sarah echó un vistazo a su habitación para intentar encontrar un sitio donde colocar la estatua. Todavía no era más que un mar de cajas. Sarah decidió dejar la estatua sobre la cama mientras empezaba a ordenar. Mientras colgaba la ropa y vaciaba las cajas, Sarah hablaba con su nuevo amigo. Le habló de Lily, de su antiguo colegio y de cómo quería ser escritora como su padre cuando fuera mayor.

Cuando vació la última caja y la dejó en el pasillo, Sarah echó un vistazo a su alrededor. Se parecía mucho a su antigua habitación, pero era mucho más grande… y también más ordenada. Sarah sabía que no se mantendría así por mucho tiempo.

Cogió la estatua y la colocó sobre la cómoda, junto al espejo. —No, ahí no queda bien, dijo. Entonces la volvió a coger y la puso junto a la mesita de noche.

—Así queda mejor, dijo. —Creo que te gustará estar aquí. Sarah incluso la giró para que quedara de cara a la ventana. Justo en ese momento, se fijó en algo que no había visto antes. En un lateral de la estatua había una vaina tallada. Sarah la reconoció por su libro “Los tres mosqueteros”: era donde la gente guardaba dagas o espadas.

—Quizá estés triste porque echas de menos tu espada, dijo. Entonces Sarah recordó la espada de plata que había visto en el cobertizo. —¡Y creo que sé dónde está! Añadió mientras salía corriendo de la habitación. —¡Ahora mismo vuelvo!

Sarah bajó corriendo las escaleras, que crujían, de dos en dos, salió por la puerta y pasó junto a su padre, que estaba sacando las cajas vacías a la calle. —¡Vaya! ¿A qué viene tanta prisa? Fue lo único que pudo decir su padre mientras ella pasaba a toda velocidad y llegaba al cobertizo en menos de un minuto.

Se coló de nuevo por la puerta del cobertizo y miró a su alrededor. Allí, en el suelo de piedra, encontró la pequeña espada. La cogió y la miró. No sabía si a su padre le parecería bien, así que se la guardó en el bolsillo de la sudadera y volvió tranquilamente a la parte delantera de la casa y subió a su habitación. Cuando llegó arriba, cerró la puerta.

Miró la espadita que tenía en la mano y la vaina que había al lado de la estatua. —Mmm, creo que ESTA es tuya, dijo. Sarah deslizó suavemente la espada hasta su sitio. Encajaba a la perfección.

De repente, la estatua empezó a moverse. Al principio, Sarah pensó que lo estaba imaginando. La estatua parecía dar un pequeño saltito y luego otro, como un grano de palomitas justo antes de reventar. Sarah miró a su alrededor para comprobar si todo en su habitación estaba dando saltos. *Quizá en Connecticut haya terremotos*, pensó. Pero nada más se movía. Sarah estuvo a punto de salir corriendo, pero necesitaba saber qué estaba pasando. Se subió de un salto a la cama y se escondió bajo las mantas, dejando asomar apenas la punta de la cabeza. La estatua siguió dando saltitos y temblando hasta que cayó de la mesilla de noche y aterrizó en el suelo con un golpe seco. Sarah ya no podía verla, pero parecía que había dejado de sacudirse. Al menos, ya no la oía. Muy despacio, Sarah se acercó al borde de la cama y se asomó por encima. Se encontró cara a cara con una diminuta criatura que la observaba desde abajo.

—¡Ahhh! Gritó Sarah.

—¡Ahhhhhhh! Gritó la criatura. ¡Era la estatua, y estaba viva!

El pequeño individuo saltó debajo de su escritorio, pero sacó la mano y agitó su espada en el aire. —¡Aléjate de mí, trol! Balbuceó.

—¡Trol! Dijo Sarah, indignada. Saltó de la cama y se irguió. —No soy un trol, dijo con voz atronadora. —¡Soy una chica!

La criatura se quedó donde estaba, pero ella podía ver su cara asomándose para mirarla. Parecía un conejo asustado. Sarah se sintió mal por haber sonado tan cruel.

—Lo siento, dijo con su voz normal. —No era mi intención asustarte. ¿Eres un gnomo o un elfo?

—¿Un elfo? Bramó la criatura. Ahora le tocaba a él enfadarse. Se escabulló de debajo del escritorio y se irguió hasta alcanzar su máxima

altura, que, según observó Sarah, le llegaba justo por debajo de la cintura.

—¿Un elfo? Repitió. —¿Acaso me ves con dos metros y medio de altura y orejas puntiagudas con pelo creciendo en ellas? Golpeó el suelo con sus pequeños pies.

Ella no pudo evitar reírse. —Bueno, nunca he conocido a un elfo, dijo… —así que no sabría decirlo. ¡Pero ninguno de los que he leído en mis libros era así!

Aunque la criatura seguía agarrando con fuerza su pequeña espada, Sarah sabía que no pretendía hacerle ningún daño. Se sentó a su lado.

—¿Qué eres, entonces? Preguntó ella.

La criatura debió de darse cuenta de que Sarah tampoco pretendía hacerle ningún daño, porque enfundó la espada en su vaina. Hizo una reverencia elegante mientras se quitaba el sombrero.

—Soy Vesper de Oglinoth, dijo. —Pertenezco a la gran raza llamada gnomos. Pero puedes llamarme simplemente Vesper.

Sarah pudo observarlo bien ahora. Este gnomo vestía ropa en tonos verde oliva, excepto su sombrero, que era de color óxido, como las hojas en otoño. Llevaba un chaleco con una chaqueta por encima que le caía baja por la espalda. Sus zapatos parecían resistentes y hechos para el senderismo. Tenía el rostro pequeño, pero no era un niño. Su larga barba blanca le llegaba hasta el cinturón. Parecía un pariente pequeño de Papá Noel, pero nada gordo: era delgado y estaba en muy buena forma.

Sarah le tendió la mano y estrechó suavemente la de Vesper. —Soy Sarah Maria Arroyo, dijo. —Pero llámame simplemente Sarah.

Ambos oyeron cómo la puerta mosquitera de abajo se abría de un golpe y se cerraba con estrépito. Sarah pensó que su padre debía de haber vuelto a entrar. Vesper se escondió de nuevo debajo del escritorio.

—¿Va todo bien, Sarah? Preguntó su padre desde el pie de la escalera. —Me ha parecido oír gritos cuando estaba fuera.

Sarah le sonrió a Vesper, dándole a entender que todo iba bien. —No pasa nada, respondió ella. —Solo era yo jugando con el elfo… ¡Quiero decir, con el gnomo!

Mientras su padre volvía a su trabajo, Vesper salió de su escondite. Parecía avergonzado por haberse asustado tanto.

—Normalmente no me asusto tanto, dijo mientras se alisaba la barba con la mano. —Pero nunca había estado en el mundo de arriba y no sabía qué esperar.

—¿" El mundo de arriba"? Preguntó Sarah—. Esto no es el mundo de arriba. A este lugar lo llamamos Hadley, Connecticut.

—He oído ese nombre antes, dijo Vesper. —Creo que fue en un cuento que nos contó Ogg. Se frotó los ojos. —Pero no lo recuerdo. Ahora todo está muy confuso.

Sarah estaba a punto de acercarle una silla, pero pensó que sería demasiado alta. Así que se quedó en el suelo, a su lado. —¡Bueno, has estado convertido en estatua quién sabe cuánto tiempo! Dijo. —Debe de llevarte un rato sentirte mejor.

Sarah se levantó de un salto. —Apuesto a que tienes hambre, dijo. —¡Déjame traerte algo!

Vesper pareció aliviado. —Sí, quizá solo un trozo de Flemite o una jarra de Breem, si los tienes.

Sarah simplemente sonrió y bajó corriendo las escaleras. No tenía ni idea de lo que estaba hablando, así que pensó que lo mejor sería llevarle un montón de cosas distintas y ver qué le gustaba. Cogió un plato y lo llenó con trozos de queso, un poco de pan de avena, galletas Oreo, brócoli crudo, una caja de pasas, un poco de pudín de gelatina Jell-O y un vaso alto de zumo de naranja. Justo cuando giraba hacia el pasillo, su padre entró en la habitación.

—¿Qué es todo esto? Preguntó al ver los brazos repletos de Sarah.

—¡Eh… es que tengo hambre! Exclamó mientras pasaba corriendo a su lado y empezaba a subir las escaleras. Pero se detuvo a mitad de camino y se dio la vuelta. —Papá, ¿tenemos Breem?

—¿Tenemos qué? Preguntó su padre, todavía asombrado por el repentino apetito de su pequeña.

—¡Da igual! Gritó mientras subía corriendo las escaleras, entraba en su habitación y cerraba la puerta.

You've Just Finished your Free Sample

Enjoyed the preview?

Buy: http://www.ebooks2go.com